

# Un sindicato para toda la vida

*A sus 60 años, todavía cautiva. El Sindicato Nacional de Trabajadores de la Prensa, SNTP, exhibe en su hoja de vida algunos rasgos extraños en el complejo y contradictorio mundo sindical: honestidad, tradición y continuidad democrática, e independencia frente a partidos, centrales sindicales y el Estado.*

## ■ Javier Conde

Desde que nació, a mediados de la década del cuarenta, en aquella Venezuela que descubría a tumbo y golpes la vida en democracia, el sindicato de periodistas –que así fue bautizado– se nutrió de lo mejor: María Teresa Castillo, Ida Gramcko y Carmen Clemente Travieso, pioneras de las mujeres de prensa; César Rengifo, un mozo de 30 años; Alirio Ugarte Pelayo, aún más joven, frisaba los 23; José Moradell, exiliado de la España franquista y que formaría luego legiones de periodistas en El Nacional; Arístides Bastidas, Candelario Rivero, Raúl Agudo Freites y Francisco Edmundo Pérez, el “gordo” y enorme fotógrafo, entre muchos otros.

Consignemos entonces, desde el principio, una seña de su carácter: como en la tradición originaria de la creación de sindicatos, al de periodistas se suman aquellos que, por su calidad profesional, estaban y estarían, lejos de toda duda, los mejores, pues, encabezaban la lucha por las reivindicaciones y el respeto a un oficio que aún debía encontrar su nicho en la sociedad venezolana. Eso le confería a sus reclamos otra entidad.

El parto sindical ocurrió en los primeros meses del año 46, como expresión de, en su mayoría, los jóvenes reporteros de entonces. Unos adecos y otros comunistas, porque no había otra cosa en el panorama político. Copei surgió el mismo año, un par de meses antes, en enero, pero por sus raíces y tronco original, emparentado con la falange española y los sectores encope-

tados de aquella Caracas aún de techos rojos, tardaría décadas en aproximarse y destacar en el mundo de los sindicatos. Trabajan en El Nacional, Últimas Noticias, El País, El Heraldo, La Esfera, La Religión, son bullangueros y alborotadores, ganan sueldos de miseria: 80 bolívares y una puya por cada centímetro por columna que fuera publicado.

Se funda exactamente un 11 de marzo y diez días después una comisión de cuatro directivos –encabezada por Rafael Calderon, el primer secretario general, y vinculado a AD– es recibida en Miraflores por el presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno, Rómulo Betancourt. Eran otros tiempos: la gente iba a Miraflores y la recibían. Los sindicalistas expusieron allí sus primeras peticiones: una Ley de Ejercicio del Periodismo, salario mínimo, una escuela de nivel universitario, etc.

Al año siguiente, el sindicato adoptaría su actual nombre: Sindicato Nacional de Trabajadores de la Prensa, tras algún debate interno que, promovido por Agudo Freites y otros trabajadores de El Nacional, proponían ampliar la organización a los demás oficios que coexistían dentro de los periódicos: correctores de prueba, empleados administrativos e, inclusive, los trabajadores de taller, aún cuando tuvieran un ente específico que los reuniera.

A mediados de los ochenta, casi cuatro décadas después, desde la directiva del sindicato, se intentó en vano volver a ser un sindicato de periodistas, lo que hubiera

competido, y en desventaja, con el Colegio Nacional de Periodistas, que sólo admite por ley a quienes se gradúen en la universidad como tales. El SNTP logró, sin embargo, conservar su carácter clasista: era y es una organización de trabajadores y en ella caben todos quienes hacen posible el funcionamiento del medio respectivo.

El instrumento natural de un sindicato es la contratación colectiva, es decir la posibilidad de acordar con los patronos, con los dueños de la empresa, las condiciones en que se presta el servicio. Y en eso el SNTP tiene tanta experiencia como vida: en julio de 1946 firmó un primer pliego de condiciones contractuales con El Heraldito, que contenía once cláusulas, con una duración de doce meses y que colocó, por ejemplo, a César Rengifo a ganar la apreciable suma de 840 bolívares. Era un logro importante por cuanto El Nacional, que era de los que mejor remuneraba a sus periodistas, tenía sueldos apenas superiores a los 300 bolívares unos cuantos meses atrás. Después vendrían los contratos de El País, El Universal y, desde luego, El Nacional.

A lo largo de su existencia esa ha sido sin duda la mayor y mejor contribución del SNTP al mundo de la prensa, al mejorar las condiciones de trabajo de periodistas, fotógrafos y editores. Posteriormente, los contratos se harían más extensos y complejos y recogerían cláusulas de diverso tipo: las propiamente económicas y socioeconómicas, junto a las de los derechos sindicales –vitales para el funcionamiento y reconocimiento de la organización y sus delegados– y las de carácter profesional, que permitían al periodista, básicamente, proteger su trabajo y favorecer la especialización en áreas, sin estar sujeto a que cada día, de acuerdo a los humores del jefe de turno, se le cambiara de fuente o de tema. La especialización tenía y tiene una explicación lógica, es la manera como el periodista puede profundizar su trabajo en deportes, artes, sucesos, economía, política, etc.

Así, mejorando sus proyectos de contrato, creando una red de delegados en el seno de las empresas, el SNTP se constituyó en la primera y real expresión de los periodistas y afines que laboran en los medios escritos.

La creación y puesta en funcionamiento del Colegio Nacional de Periodistas en los setenta, como expresión de la Ley de Ejercicio, subordinó la importancia del ente sindical. Los periodistas preferían hacer vida política y gremial en el

“

**A fines de los ochenta el SNTP vivió una etapa de recuperación en lo político, organizativo e incluso en el aspecto financiero que se tradujo en mayor membresía, mayor participación electoral, mejora significativa de los contratos**

”

CNP que en el Sindicato. Era un asunto de status: sentían que el órgano gremial les confería otro nivel, aún cuando fuera el SNTP quien fijara las condiciones de remuneración en los centros de trabajo como producto de la negociación colectiva.

La dirección política del gremio, por entonces básicamente en manos de Prensa Libre, una agrupación afín al Movimiento Al Socialismo, entendía las cosas de esa manera: el CNP estaba primero y el sindicato era una suerte de apéndice. Tanto fue así que en la lucha por la “legalización” del ejercicio periodístico –en especial, en contra de estudiantes que no concluían sus tesis y se quedaban “ilegalmente” en las redacciones– también se sumó al sindicato, desvirtuando de esa manera su carácter de defensor de los trabajadores. Incluso a los fotógrafos se les exigía estar “colegiados”.

Esa visión de lo sindical perjudicó al SNTP que se desdibujó y perdió peso específico en el ámbito periodístico y se sintió su propia presencia en los centros de trabajo. Las cosas sin embargo cambiarían en la segunda mitad de los ochenta, como expresión de una serie de factores entre los que se pueden mencionar los siguientes: el cambio en la dirigencia, la irrupción de nuevas generaciones de periodistas en las redacciones, y la profesionalización de los mecanismos de elaboración y negociación colectiva.

Quien escribe vivió ese proceso, de manera que no abundaré en los detalles en defensa de una prudente modestia que es necesario dejar a salvo. Sólo apuntar que el cambio dirigencial fue posible porque el discurso elaborado proponía recuperar la

autonomía e independencia de las organizaciones gremiales y sindicales frente a los partidos, que solían instrumentalizarlas de acuerdo sus muy particulares intereses.

A fines de los ochenta el SNTP vivió una etapa de recuperación en lo político, organizativo e incluso en el aspecto financiero que se tradujo en mayor membresía, mayor participación electoral, mejora significativa de los contratos y sus procesos de negociación e incremento de su participación pública tanto en asuntos de interés periodístico como los que le son propios por su carácter sindical. El SNTP logró liderizar, por ejemplo, que en 1988 la lucha por convertir un decreto del gobierno de Jaime Lusinchi (destinado a otorgar un bono a los trabajadores, pero sin efectos sobre el salario en términos de prestaciones), en salario integral; lo que concluyó con una sentencia de la Corte Suprema de Justicia que le dio la razón al sindicato y al grupo de organizaciones que lo acompañó en el reclamo y que se hizo extensiva a todos los trabajadores del país.

Los años noventa y lo que va de esta década ha supuesto para el SNTP una lucha por la supervivencia. En un contexto de deterioro acelerado de los partidos, de profunda crisis económica, social y política, de pérdida de presencia de las organizaciones sindicales, el SNTP, sorteando golpes y debilidades, se ha mantenido como la única de las organizaciones periodísticas con voz propia. El CNP, distrital y nacional, vive sus horas más bajas: la seccional Caracas por el dominio ejercido en su directiva por la corriente chavista que lo ha adormecido y ha impedido, amparándose en subterfugios legales, la renovación de autoridades durante los últimos ocho años; y la directiva nacional víctima, quizás, del escaso apego que las nuevas generaciones de periodistas dispensan a un órgano que observan de escasa utilidad para su desarrollo profesional.

Es curioso: la organización donde la afiliación es voluntaria (el SNTP) tiene más presencia, más autonomía y más beligerancia que la de carácter obligatorio (CNP). Habría que preguntarse ¿qué sentido tiene preservar una organización de ese tipo, atípica en el mundo de la prensa tanto en el continente como en el mundo, que limita las vías hacia el periodismo y los reduce en sus alcances y riqueza en su variedad?

Este es un apretado resumen de 60 años de vida del SNTP, una organización que puede, y debe, seguir jugando un rol en defensa de quienes son trabajadores de la información. El país se lo agradecerá.